

## SOBRE LA RELIGIÓN POLÍTICA DE QUEVEDO

Fue precisamente don Ramón Menéndez Pidal quien, con pocas y certeras palabras, contrastó alguna vez los desaforados planes de fray Tommaso Campanella para una organización política del mundo entero (encabezada por la Iglesia y España) con los sentimientos e ideas de Cervantes que de algún modo rozan temas parecidos.<sup>1</sup> Recordemos, por nuestra parte, que el fraile calabrés había hablado de la *politia* como ciencia dada por Dios a los hombres.<sup>2</sup> Política, pero de Dios. Es, en fin, fórmula probablemente no inventada por don Francisco de Quevedo. Rápido, desigual, abundante, Quevedo fue gran movilizador y estilizador de lugares comunes. No sería imposible que, como vagamente se ha afirmado, la frase circulara ya en los memoriales que exhortaban a los reyes de España a la santa obra de expulsar a los moriscos.<sup>3</sup>

Con su *Política de Dios, gobierno de Cristo, tiranía de Satanás* le es fácil a Quevedo incluirse en la prestigiosa serie de tratadistas para quienes Maquiavelo es el adversario por excelencia, y los Habsburgos los portaestandartes de la verdadera cristiandad: la misma serie en que se colocará, después de publicada la primera parte de la *Política de Dios*, el padre Juan Eusebio Nieremberg con *El machiavelismo degollado por la cristiana sabiduría de España y de Austria*,<sup>4</sup> y en que antes (1619) se había inscrito fray Juan de Salazar con las doce metódicas *proposiciones* de su *Política española*.<sup>5</sup>

<sup>1</sup> Prólogo a JOSÉ ANTONIO MARAVALL, *El humanismo de las armas en don Quijote*, Madrid, 1948, p. XI.

<sup>2</sup> *De Monarchia Hispanica*, XIX; en la clzeviriana de Amsterdam, 1653, p. 158.

<sup>3</sup> Así en Cristóbal de Castro, *Felipe III*, Madrid, 1944, p. 117.

<sup>4</sup> Alcalá, 1637. El subtítulo insiste: *Discurso cristiano-político a la Majestad de Philippo IV*.

<sup>5</sup> Reedición de Miguel Herrero García, Madrid, 1945.

## I

Política divina, sólo que en Quevedo, como en tanto otros, muy atenta a la incesante lucha terrenal en que Satanás sigue inspirando a los enemigos del Rey católico, fuera y dentro de España. Unos años antes (1612) fray Juan Márquez se esforzaba en ajustar la doctrina de su *Gobernador cristiano deducido de las vidas de Moisés y Josué* a las necesidades de la política y la milicia españolas, como quien escribía para aquietar los escrúpulos de un hombre de acción. <sup>6</sup> Ahora, en la *Política de Dios*, la Biblia será ciertamente la base infalible que don Francisco de Quevedo escoja para sus meditaciones sobre el príncipe, sobre sus deberes para con Dios, para consigo mismo y para con la república, y sobre la tarea del privado o ministro, y sobre las obligaciones de los otros súbditos. No era novedad, por supuesto, el invocar las Escrituras y preferirlas a tal o cual política pagana, o a todas ellas. Pero, en este marco piadoso, sí es título de que parece Quevedo ufanarse el evitar la para él ambigua senda del padre Márquez (con héroes tan dudosamente "cristianos" como Josué y Moisés, como Josías, David y Raab, como Judit y Jahel), acudiendo directamente al ejemplo de Dios político, de Cristo gobernador.

De igual modo vemos a Quevedo enorgullecerse de sus aptitudes para el difícil menester. Pues aunque el ejemplo esté ahí, en el Libro, claro que de la ciencia y sagacidad del interprete dependerá la eficacia de la lectura. Y Quevedo sabe quién es. Sabe que, no contentándose con superficiales apariencias, él es capaz de desentrañar en cada momento las insinuaciones y avisos profundos como más convenga a la precisa circunstancia de la monarquía española y de su sagrada misión. Es el Quevedo que, cuando dedique a Urbano VIII la segunda parte de la *Política de Dios*, se pintará a sí

<sup>6</sup> Márquez indica, desde la portada, que el libro va "dirigido a don Gómez Suárez de Figueroa y Córdoba, duque de Feria". Y su prólogo refiere en detalle que el tratado se escribió, a instancias del duque, para mostrar cómo puede el político práctico desempeñarse con eficacia en las circunstancias terrenas "sin ofensa de la Religión".

mismo —añadiendo sutilezas al viejo retruécano dominicano—<sup>7</sup> como perro del Señor y, a la vez, como oveja de ese rebaño que precisamente hay que defender de los lobos. La vigilancia de los perros es indispensable, pero también lo es una elemental división del trabajo: “ladren unos con la predicación, y muerdan otros con los escritos”.<sup>8</sup> Si los escritos de Quevedo saben morder, no es que excluyan la más sabia predicación. Por lo menos, él ha sabido elegir para sus reflexiones y conclusiones la fuente más segura. “La Ley de Dios ha de juzgar a las leyes, no las leyes a Dios. Yo, Beatissimo Padre, que empecé el primero a discurrir para los reyes y príncipes por la vida de Cristo, llena de majestad en todas sus acciones. . . ”<sup>9</sup> Y si de competencia profesional se trata ¿no se había presentado ya Quevedo, en 1613, al frente de sus *Lágrimas de Hieremias castellanas. . .*, como “el licenciado don Francisco Gómez de Villegas, theólogo complutense”?<sup>10</sup>

Dios es el guía, y el teólogo complutense será quien sepa calar hondo en la palabra divina para que el Rey y aquellos que lo secundan acierten a degollar el maquiavelismo, a debelar en este mundo la tiranía de Satanás. Ardua tarea, como que los satánicos y los maquiavélicos hacen sentir su presencia no sólo en los países extranjeros que declaradamente combaten a España, sino en España misma, y aun en la corte. También aquí la mala intención, o la ignorancia, no mucho más disculpable, pueden malaconsejar al Rey invocando vagos principios morales o religiosos y apoyándose en la interpretación directa y perezosa de las Escrituras. Pero en este punto entra, vigilante, el “theólogo” de Alcalá. Y con él entra el cortesano, el político práctico, el lince de Italia que tanta experiencia ha atesorado junto al duque de Osuna. No hay quien pueda encaminar mejor los consejos bíblicos

<sup>7</sup> El tradicional juego semietimológico (*Domini canes*), grato a Campanella (*dominicanus latrans*).

<sup>8</sup> FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, *Política de Dios, gobierno de Cristo*, ed. James O. Crosby, Madrid, 1966 [abreviaré *Política*], p. 139.

<sup>9</sup> *Política*, p. 141.

<sup>10</sup> *Lágrimas. . .*, edición, prólogo y notas de Edward M. Wilson y José Manuel Blecuá, Madrid, 1953, p. 3.

adonde de veras importa: a lo que resulte más provechoso para el Monarca o, lo que es lo mismo, para la causa española.

Ocasión especialmente propicia para adelantar en esta carrera suele ser el tránsito de un gobierno a otro. Rey muerto, rey puesto. La fórmula no vale sólo para España, ni sólo para entonces. Hasta es posible, en alguna medida, aprovechar la coyuntura para hablar severamente del monarca anterior y de sus colaboradores. Las *Relaciones* de Luis Cabrera de Córdoba señalan con amargura la relativa libertad e impunidad con que, al morir Felipe II, se comentó su "confuso e ignorante gobierno".<sup>11</sup> Entre el de Felipe III y su hijo, Quevedo se apresura a situarse convenientemente y a escribir luego la animada crónica: sus *Grandes anales de quince días*, o, con subtítulo que reitera y abulta la paradoja, *Historia de muchos siglos que pasaron en un mes*. Y si ahí no puede menos de arriesgarse a tratar asuntos de vidriosa actualidad, pasa sobre ascuas por algunos de ellos. Alude y elude. Puesto que hay que referirse de algún modo a la beatería y pasividad de Felipe III, declara con ambigua compunción: "es cierto que vivió una muerte y que murió una vida".<sup>12</sup> Si ha de alabar a su duque de Osuna, no desconocerá que el joven monarca ha hecho bien en disponer que se le encarcele, por las dudas... Ya cuidará el nuevo Felipe de que resplandezca la más estricta justicia.<sup>13</sup> En la estrategia de sus opiniones sobre tales o cuales personajes, suele quedar bien en lo alto la figura del rey actual. La dedicatoria de *La cuna y la sepultura* (1633) a don Juan de Chaves y Mendoza<sup>14</sup> prodiga alabanzas a este caballero de

<sup>11</sup> *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, Madrid, 1857, pp. 55-56, 60 y 84.

<sup>12</sup> *Grandes anales*... en *Obras completas*, ed. Felicidad Buendía, t. I: *Obras en prosa*, Madrid, 1961 [abrev. *Prosa*], p. 734b.

<sup>13</sup> *Grandes anales*... pp. 735b-736b. Preso el duque, continúa Quevedo, "está, si con menos comodidad, con más reputación; y antes andaba más peligroso entre las sospechas, atormentado de la porfía de los enemigos y de la remisión de los amigos, y dudoso en todo... Y antes, cuando se pasaba, todos decían: ¿cómo no le prenden? Ahora dicen: ¿cómo no le sueltan? Y este cambio, de malos deseos en buenos, se les debe agradecer a los trabajos" (p. 736b).

<sup>14</sup> *Prosa*, p. 1190b.

la orden de Santiago, tan ilustre por "la gran sangre de sus venas" como por las letras, que, en hombre de tal linaje, se han vestido de púrpura. Y completando el elogio de don Juan con el de los reyes que han sabido discernir su excelencia, y recompensarla oficialmente con "aquellos puestos que necesitaban de ministro tan digno", distingue con devoción "la majestad soberana del Rey nuestro señor don Felipe el Grande, cuarto de este nombre" y la de "su santo padre". Pero la santidad de Felipe III no había inspirado, por sí sola, gran admiración al autor del *Chitón de las tarabillas* y de los *Grandes anales*.

Pocos años después, Quevedo se nos aparece en el bando de quienes hacen guerra al Conde-Duque, y va a dar con sus huesos en San Marcos de León. Cuando, ya en desgracia Olivares, recobra don Francisco la libertad, es al ministro a quien acusa de la injusticia y rigor con que se le ha tratado; nunca, desde luego, a "la majestad de don Felipe el Grande".<sup>15</sup> Por el contrario, después de relatar su crudelísima cárcel de cuatro años, agrega Quevedo: "De esta dura cadena de eslabonadas calamidades me desató la justificada misericordia de Su Majestad", misericordia secundada por los buenos oficios del "duque de Medinaceli, mi señor" y del "excelentísimo señor don Juan Chumacero Carrillo y Sotomayor, presidente de Castilla", a quien el escritor agradecido dedica su obra.<sup>16</sup> Y si don Luis de Haro y Sotomayor sucede en la privanza a su pariente Olivares, Quevedo comentará con decidida aprobación, en carta a don Francisco de Oviedo, los favores que don Luis reciba del Rey. "Su Majestad, Dios le guarde", ha otorgado a su ministro el título de Conde-Duque y, con él, "aquella grandeza de primera clase con tantas prerrogativas..." Todavía remachará: "Yo confieso a vuesa merced que me he alegrado de la merced que Su Majestad ha hecho al señor don Luis, porque le tengo por buen caballero." Y subraya, en fin, su satisfacción porque

<sup>15</sup> *La caída para levantarse, el ciego para dar vista, el montante de la Iglesia en la vida de San Pablo apóstol, en Prosa*, p. 1459b. Comp. "el grande monarca" (*ibid.*), el "Rey nuestro señor, que viva muchos y bienaventurados años" (p. 1460a).

<sup>16</sup> *La caída...*, p. 1460a.

el nuevo válido —cumpliendo cabalmente, diríamos, el fundamental precepto de la *Política de Dios*— “sirve al Rey en lo que le manda, y no pretende que el Rey le sirva a él”.<sup>17</sup> Hasta las virtudes militares de Felipe IV habrán de maravillarse a Quevedo. Si la dedicatoria del *Marco Bruto* a don Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza de la Vega y Luna, duque del Infantado, etcétera alaba su gloriosa conducta en la batalla de Lérida, no deja Quevedo de señalar que el ejemplo que ahí siguió don Rodrigo fue el “nunca bastantemente admirado de nuestro grande, mayor y máximo monarca don Felipe IV”.<sup>18</sup>

Así habían andado juntas, en la primera parte de la *Política de Dios* y en los años de relativa bonanza que siguieron, la adulación al Rey y al poderoso Olivares. No sólo en Quevedo se presta fácilmente la retórica oficial a esos dobles homenajes cortesanos. Ya puede Felipe IV —dice Góngora en 1626— descansar de sus fatigas gracias al apoyo de su leal favorito, “el Conde-Duque, cuya confidencia / reclinatorio es de su gran Dueño”.<sup>19</sup> La carta que don Lorenzo Vanderhamen y León escribe a Quevedo en elogio de su *Política* termina dando al autor sus parabienes por el fruto y el contento que semejante libro ha proporcionado a sus diversos lectores, incluidos nada menos que “nuestro segundo Teodosio Filipe IV, por verse retratado con la mayor propiedad, mejores colores y pinzeles que se pudieran hallar en la tierra” y, junto a él, “el excelentísimo Conde de Olivares, por hallar expresado en las divinas letras [esto es, en la Biblia, interpretada por Quevedo] su cuidado, su celo, el gobierno que gozamos, la felicidad deste siglo...”.<sup>20</sup> La adulación cuenta, en Quevedo, con muy amplio teclado. Puede dirigir cumplidos personales al Conde-Duque y su linaje, como en la celeberrima “Epístola satírica y censoria”:

<sup>17</sup> *Epistolario completo*, ed. Luis Astrana Marín, Madrid, 1946, p. 502. De paso, en la misma carta, una rencorosa mención de Olivares.

<sup>18</sup> *Prosa*, p. 820b.

<sup>19</sup> “En la creación del cardenal don Enrique de Guzmán”, en *Obras completas*, ed. Juan e Isabel Millé y Giménez, Madrid, 1956, p. 607.

<sup>20</sup> *Política*, p. 36.

Y si os dio el ascendiente generoso  
 escudos, de armas y blasones llenos,  
 y por timbre el martirio glorioso,

mejores sean por vos los que eran buenos  
 Guzmanes, y la cumbre desdeñosa  
 os muestre, a su pesar, campos serenos.<sup>21</sup>

O contraatacará, como en *El chitón de las tarabillas*, a los críticos del Conde-Duque y les recordará que los reyes, desde Carlos V a Felipe III, han venido reduciendo la moneda (es decir, su proporción de buen metal) en perjuicio de la república toda; por si eso fuera poco, Quevedo se remonta —buscando justificación a los abusos actuales— hasta los tiempos oscuros de España, y hasta a los romanos: tales dificultades no son, pues, sólo de hoy, como dicen los malpensados, sino de siempre, e inseparables de todo gobierno. En defensas y elogios de esta índole quedan comprendidos cuantos españoles sirvan con lealtad a un rey tan “generoso, justo, clemente, magnánimo, humanísimo . . . , celoso, católico, padre de sus vasallos . . . ”<sup>22</sup> Todos están empeñados en guerra decisiva contra Satanás y sus múltiples maquinaciones en este mundo. Lucha por la verdadera religión, en que los *verdaderos* príncipes y señores combaten sin duda junto al Papa contra el común enemigo. El teólogo Quevedo, dirigiéndose a Urbano VIII en la segunda parte de la *Política* y siguiendo muy de cerca la letra de San Pablo y de San Juan Crisóstomo, resume la naturaleza de esta lucha: “¡Grande batalla! Dios con el mundo, el espíritu con la carne, la verdad con la presunción, la Iglesia con los Príncipes y Señores del mundo . . . ”<sup>23</sup>

## II

Es guerra, además, en que todo se agrava para Quevedo por la evidente presencia del adversario en la propia España.

<sup>21</sup> FRANCISCO DE QUEVEDO, *Obra poética*, ed. José Manuel Blecua, t. I, Madrid, 1969, p. 301.

<sup>22</sup> *Prosa*, p. 816a.

<sup>23</sup> *Política*, p. 139.

Los rótulos exaltadores o denigrantes, los *ismos* político-religiosos tienen, en la belicosa atmósfera del siglo XVII, rara movilidad. Pueblo que se oponga al nuestro es pueblo que se opone a Dios, a la verdad, a las reglas de una civilizada convivencia internacional. No muchos años después de morir Quevedo, Oliver Cromwell explicaría en su Parlamento que ése era precisamente el caso de la papista España.<sup>24</sup> Papistas, luteranos, herejes, ateístas. . . Si los *ismos* muestran normalmente tanta elasticidad, es extraordinaria la que llegan a adquirir en manos de un Quevedo.

En la *Introducción al símbolo de la fe* denuncia fray Luis de Granada la "locura de los ateístas epicúreos", para quienes el universo ha sido creado por el azar.<sup>25</sup> Más allá de los Pirineos, vemos reiterada aun antes la secular refutación, pero en sentido característicamente moderno. No es sólo que, para la humanidad entera, los cielos proclamen la gloria de Dios, sino que la ciencia humana más rigurosa, la matemática, demuestra el Orden cósmico y rebate al ateo:

Ceste science l'homme cueille  
Alors qu'il imagine  
La facture et grande merveille  
De la ronde machine,  
  
C'est celle par qui mieux s'apprenne  
L'immense Déité,  
Et qui des athees reprenne  
Erreur et vanité.<sup>26</sup>

No es ése, desde luego, el tono que predomina en la argumentación teológica, filosófica, científica, política, cuando

<sup>24</sup> BOLESŁAO LEWIN, "El Plan occidental de Cromwell para la conquista de las colonias hispanas", en *La Prensa*, 3 de abril de 1966.

<sup>25</sup> Así, desde el comienzo, lib. I, caps. 1 y 3, en *Obras de fray Luis de Granada*, ed. fray Justo Cuervo, t. 5, Madrid, 1908.

<sup>26</sup> "A ceulx qui blament les Mathématiques", en *Oeuvres poétiques de Jacques Peletier du Mans*, ed. Léon Séché, Paris, 1904, p. 105. Son las ideas sobre las cuales volverá Peletier en el proemio al libro II de su *Algèbre*, 1554, y en su *Oratio in praelectiones mathematicas* (1579). Cf. MARCEL FRANÇON, *Les oeuvres poétiques de Jacques Peletier du Mans*, Rochecorbon (Indre-et-Loire), 1958, p. 59.

se rozan temas como el del ateísmo, el de la herejía, el de las diversas formas que solapadamente adopta el Enemigo. Para el creyente, es inconcebible que el ateísmo sea, en el mejor de los casos, más que una peligrosa locura. Herbert of Cherbury, coetáneo de Quevedo (1581-1648), expone su caritativa y bien fundada convicción de que todo pueblo cree naturalmente en Dios, y de que, si hay acaso ateos, debemos considerarlos dementes.<sup>27</sup> Pero en el áspero debate religioso el diagnóstico suele ser bastante más duro. Para católicos y protestantes en lucha, nada más a mano que la recíproca acusación de ateísmo. La herejía es a menudo el disfraz con que se disimula tan siniestro pecado. El cardenal Allen, en 1584 (*True, Sincere and Modest Defense of English Catholics*), pone por los suclos a aquellos políticos paganos, epicúreos o ateos —“como gustéis llamarlos”, aclara— que todo lo miden por la felicidad alcanzada en este mundo; gentes profanas, sin fe, sin Dios, que desdeñan el anatema del Papa en vista del “buen suceso que los protestantes de nuestro país han logrado”.<sup>28</sup> Años después, el padre Garasse desmascara la malicia, la perfidia, el ateísmo encubierto en las doctrinas de Pierre Charron, contra quien lanza invectiva tras invectiva.<sup>29</sup>

En España, ateísmo, herejía y maquiavelismo, en variadas dosis y combinaciones, sirven para rotular toda suerte de enemigos. Si Quevedo es de los que se atienen también a este fácil camino en la guerra literaria político-religiosa, se distinguirá, como siempre, por el amplio e inquieto registro —desde lo más solemne a lo más chusco— de sus ataques contra el ubicuo adversario. La manera de llevarse a cabo el destierro de los moriscos, y sus tristes consecuencias, pu-

<sup>27</sup> Pues en los ateos falla un natural instinto cognoscitivo. Desconocen, así, lo que Herbert llama nociones religiosas comunes, grabadas en nosotros por Dios mismo (“in mente humana a Deo Optimo Maximo descriptas”). La primera de ellas es la que postula “esse Supremum aliquid Numen”. Cf. HAROLD R. HUTCHESON, *Lord Herbert of Cherbury's "De Religione Laici"*, New Haven, 1944, pp. 31, 37, 39 y 129.

<sup>28</sup> WILLIAM CECIL, *The Execution of Justice*, and WILLIAM ALLEN, *A True, Sincere...*, ed. R. M. Kingdon, Ithaca, New York, 1965, p. 228.

<sup>29</sup> Cf. J. B. SARRIÉ, *De l'humanisme au rationalisme: Pierre Charron...*, Paris, 1913, pp. 459-471.

dieron ensombrecer mortalmente al Beato Juan de Ribera, que había sido uno de los más activos propugnadores de la expulsión; pero todo puede resultar, para Quevedo, motivo y materia de chistes y retruécanos como los de su desafortada "Comisión contra las viejas":

Ya que las cristianas nuevas  
expelen Sus Majestades,  
a la expulsión de las viejas  
todo cristiano se halle.<sup>30</sup>

Y sabido es cómo se complace en emplear su ingenio, no sólo contra los cristianos declaradamente nuevos, sino contra los que se simulan naturales de la Montaña (¡el solar de su propia raza!) o vizcaínos. Quevedo dedica un feroz epitafio a un judío, "hijo de un vizcaíno de Belén".<sup>31</sup> No le importa que, de pasada, su insulto roce o lastime el recuerdo de sagrados lugares. El desahogarse en agudas irreverencias parece impulso irresistible en él, que con tanto gusto coloca en su infierno a los versificadores condenados por la irresistible fuerza del consonante.<sup>32</sup>

Cuando llegue la tentadora ocasión, también serán ateístas disimulados, para Quevedo, los judíos que negocien con el Conde-Duque de Olivares. Será el momento de escribir "La Isla de los Monopantos". En la junta de Salónica, rabí Saadías explica que, contra lo que el vulgo piensa, el judío no se limita a porfiar en su "esperanza sin fin";<sup>33</sup> "... nosotros decimos que esperamos siempre por disimular que siempre

<sup>30</sup> *Obras completas*, I. *Poesía original*, ed. José Manuel Blecua, Barcelona, 1963, pp. 872-875.

<sup>31</sup> "Este letrado de resina y pez...", *ibid.*, p. 626. Comp. el soneto "Adoro aunque te pesc..." (*ibid.* p. 635), contra un clérigo a quien empieza por llamar "galileo" y a quien acusa furiosamente de judío.

<sup>32</sup> Recuérdese la historia que, en el "Sueño del infierno" (*Prosa*, p. 156b), pone Quevedo en boca de cierta víctima de "tan graciosa locura". Mientras componía un soneto, "dije que una señora era absoluta, / y siendo más honesta que Lucrecia, / por dar fin al cuarteto la hice p... // Forzóme el consonante a llamar necia / a la de más talento y mayor brio: / ¡oh ley del consonante, dura y recia! // Habiendo en un terceto dicho lío, / un hidalgo afrenté tan solamente / porque el verso acabó bien en judío..."

<sup>33</sup> *Prosa*, p. 268a.

desesperamos";<sup>34</sup> si afirmamos —continúa— que el Mesías ha de venir, "es por disimular con estas largas que somos aquel ignorante"<sup>35</sup> que empieza el psalmo XIII diciendo en su corazón: *No hay Dios*" (*ibid.*). Ateos son Olivares mismo (Pragas Chincollos, es decir, Gaspar Conchillos) y el padre Pineda (Danipe) y los demás monopantos; ateos son los judíos que hoy gobiernan a quienes gobiernan, como en otro tiempo gobernaban a Pilatos.<sup>36</sup> Y el episodio concluye cuando unos y otros ateístas mudan su nombre en el de la nueva secta de los *dineranos* o *dineristas*.<sup>37</sup> Por lo demás, la enumeración de monopantos que acuden al "sanedrín" —por orden de su jefe, Pragas Chincollos— comienza con un nombre claramente alusivo a este culto del dinero: *Philárgyros*.<sup>38</sup>

En la constelación de ideas afines —herejía, ateísmo, maquiavelismo, mala razón de estado— que tan prontas tiene siempre Quevedo para agredir a los enemigos de España, viene pues a incorporarse el dinerismo... ¿Capitalismo *avant la lettre*? ¿El "judío internacional", el de Henry Ford, en el momento en que, desde la sombra, rige a España por intermedio del Conde-Duque? Ya se sabe cuánto ha insistido J.A. van Praag en presentar "La Isla de los Monopantos" como lejano modelo, no del libro de Ford sino de otro más difun-

<sup>34</sup> *Prosa*, p. 268b.

<sup>35</sup> 'Depravado', en la traducción de Bover y Cantera, quienes por lo demás indican otras interpretaciones (*Sagrada Biblia*, Madrid, 1953, p. 801). También "ignorante" en la *Política española* de Salazar, p. 54, donde se asocia con el ateísmo y con la mala razón de estado.

<sup>36</sup> Cf. *Política*, pp. 172 y 174: "Preciábase Pilato de grande político: afectava la dissimulación y la incredulidad, que son los dos ojos del Atheísmo. Conocíante los judíos; y así por diligencia postrera contra Cristo N. S. le tentaron la razón de estado diciendo: *Si a éste libras, no eres amigo de César; porque cualquiera que se haze rey contradice a César*. En oyendo a César, y que sería su enemigo, entregó a Cristo a la muerte." "Pilato se preció delante de todo el pueblo de limpio de manos, y fue tan mal ladrón como el malo. Pegándosele avía el melindre ceremonioso de los judíos, que, murmurando de Cristo y de sus Apóstoles... No hazían escrupulo los judíos y Pilato de andar en malos passos, y le hazían de no labarse las manos."

<sup>37</sup> *Prosa*, p. 271b. Cf. la explicación de p. 270a.

<sup>38</sup> *Prosa*, p. 267a.

dido y más infame: los *Protocolos de los Sabios de Sión*.<sup>39</sup> En el camino que va desde el combativo fantasear y pensar de Quevedo, "cantera antisemita",<sup>40</sup> hasta los perversos *Protocolos* urdidos en París por la policía secreta (la Ojrana) de Nicolás II de Rusia, van Praag ha destacado con razón dos escritores del siglo XIX: el francés Maurice Joly<sup>41</sup> y el alemán Hermann Goedsche.<sup>42</sup> Ha mostrado cuánto deben los falsarios y plagiarios zaristas al alegato de Joly contra Napoleón III (alegato en que alguna vez asoma, por otra parte, cierta expresa salida antijudaica)<sup>43</sup> y cuánto a las narraciones torpes y efectistas del escritor prusiano, reunidas en copiosos volúmenes bajo el seudónimo de "Sir John Retcliffe". Y finalmente —volviendo la mirada al libelo de Quevedo contra el Conde-Duque— van Praag ha concluido, tras minucioso cotejo, que la relación entre "La Isla de los Monopantos" y el *Dialogue aux Enfers*<sup>44</sup> de Joly es sobremanera tenue y vaga, al paso que una truculenta narración de Goedsche<sup>45</sup> presenta tan significativas semejanzas con "La Isla", que no es posible atribuir las a mero azar.

Maquiavelo es protagonista indudable en el diálogo de Joly (el papel de Montesquieu resulta mucho más modesto).

<sup>39</sup> "Los *Protocolos de los Sabios de Sión* y la *Isla de los Monopantos* de Quevedo", en *Bulletin Hispanique*, t. 51, 1949, pp. 169-173. Del mismo autor, "Almas en litigio", en *Clavileño*, Madrid, I, 1950, pp. 25 ss. Cf. GEMMA VOLLI, "La vera storia dei *Protocolli dei Savi Anziani di Sion*", en *Il Ponte*, Firenze, t. 13, 1957, pp. 1649-1662. Una penetrante y documentadísima historia de los *Protocolos*, particularmente en relación con el libro de Joly (v. *infra*, n. 41), en ALDO SCAGLIONE, "Maurice Joly: etica liberale e machiavellismo sotto il Secondo Impero", en *Studi Francesi*, n.º 2, 1957, pp. 227-241.

<sup>40</sup> JULIO CARO BAROJA, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, t. 1, Madrid, 1961, p. 269-270.

<sup>41</sup> *Dialogue aux enfers entre Machiavel et Montesquieu, ou la politique de Machiavel au XIX<sup>e</sup> siècle, par un contemporain*, Bruxelles, 1864.

<sup>42</sup> Hermann Ottomar Friedrich Goedsche (1815-1878) publicó abundantes novelones bajo el seudónimo de "Sir John Retcliffe", agrupándolos en series. Tal la llamada *Biarritz*, en cuyo tomo inicial se incluye el relato que aquí nos interesa. Cf. n. 50.

<sup>43</sup> Cf. VAN PRAAG, "Los *Protocolos*...", p. 170.

<sup>44</sup> "Los *Protocolos*...", p. 173.

<sup>45</sup> "Auf dem Judenkirchhof in Prag", en *Biarritz*, t. 1 (es el t. 19 de "Sir John Retcliffe", *Werke*, Berlin, s. a.), pp. 130-180.

Y el libro de Maquiavelo aparece —corpórea y pictóricamente— hacia el final de “La Isla”:

[Pacas Mazo],<sup>46</sup> sacando un libro encuadernado en pellejo de oveja,<sup>47</sup> cogida con torzales de oro en varios labores de lana, se le dio a Saadías, diciendo:

—Esta prenda os damos por rehenes.

Tomóle, y preguntó:

—¿Cúyas son estas obras?

Respondió Pacas Mazo:

—De nuestras palabras. El autor es Nicolás Machiavelo, que escribió el canto llano de nuestro contrapunto.<sup>48</sup>

Con todo, la coincidencia en el nombre y doctrina de Maquiavelo es demasiado vaga y superficial, como reconoce van Praag,<sup>49</sup> para que podamos inferir que Joly se inspirara en “La Isla de los Monopantos”. No es imposible, en cambio, que el folletinesco Hermann Goedsche tomase del relato de Quevedo la idea de la reunión secreta, adaptándola a su propia puerilidad y chabacanería. El relato de Goedsche<sup>50</sup> ofrece tan singulares coincidencias con “La Isla”, que la conclusión de van Praag —la probabilidad de que el escritor alemán conociera de algún modo “la diatriba quevedesca”—<sup>51</sup> parece

<sup>46</sup> Uno de los monopantos confabulados con los judíos. Según FERNÁNDEZ-GUERRA, *Obras de don Francisco de Quevedo Villegas*, Bibl. Aut. Esp., t. I, p. 415a, es el licenciado José González (el “González de Arnedo” de la satírica *Cueva de Meliso*).

<sup>47</sup> Maquiavelo envuelto en piel de oveja. Pero no es bastante para Quevedo, y rabi Asapha explica: “Esta lana es de la que dicen los españoles que vuelve trasquilado quien viene por ella” (*Prosa*, p. 271b).

<sup>48</sup> *Ibid.* El libro pasa de unos a otros ateístas, o dineristas, sellando la unión, como en otro sentido la sellan los discursos de Saadías y Pacas Mazo (pp. 269-271) en alabanza del oro y sus virtudes. Pero el final del episodio deshace catastróficamente la inestable unidad.

<sup>49</sup> “Los *Protocolos*...”, p. 173. O por lo menos, concluye, no hay manera de decidirlo “sin más pruebas a mano” (*ibid.*).

<sup>50</sup> “Auf dem Judenkirchhof...” Van Praag ha manejado únicamente la traducción inglesa, “The Jewish Cemetery in Prague and the Council of Representatives of the Twelve Tribes of Israel”, incluida en HERMAN BERNSTEIN, *The Truth about “The Protocols of Zion”*..., New York, 1935.

<sup>51</sup> *Ibid.* SCAGLIONE, “Maurice Joly...”, p. 230, pone muy en duda la importancia que se ha atribuido a la obra de Goedsche como fuente parcial de los *Protocolos*. Se refiere aquí, en particular, al citado Herman Bernstein.

irreprochable. Creo, por mi parte, que Goedsche hubo de leer "La Isla de los Monopantos" en traducción, o que se valió de ella para descifrar este difícil Quevedo. La suposición de van Praag se apoyaba en el manifiesto interés de Goedsche por las cosas de España e Hispanoamérica, a juzgar por los títulos y escenarios de algunas de sus narraciones. Pero una ojeada al farragoso conjunto de tales novelas y cuentos hubiera llevado a van Praag a no hacerse demasiadas ilusiones sobre la familiaridad de Goedsche con los pueblos hispánicos, y menos con su lengua. El español del escritor prusiano era muy deficiente. En relatos cuya acción se sitúa en países de habla española, sus citas más o menos correctas alternan con formas como "Quin sabe!"<sup>52</sup> (t. 25, p. 227; en cambio, p. 341: "*Quien sabe, Sennor Conde, meinte der Archivar*"); "Mi Sennor" (t. 25, p. 254, y tres veces más en p. 255); "No mi Sennor" (p. 254); "Vuestra Sennoria" (t. 17, p. 295, n., para explicar al lector el tratamiento de "Vusia"; pero "Señora Dolores", varias veces en ese mismo relato; por otra parte, "Vostra Señoria" en p. 305, y, en fin, "Die Frage ist eigentümlich, Madoñal", p. 321). Errores y descuidos pululan aun allí donde Goedsche muestra poseer alguna leve información sobre los hechos más o menos hispánicos que mancha. El narrador sabe de ciertas exclamaciones y saludos pintorescos, y pone en boca de un vasco: "*Corpo de dios!*", y en bocas rioplatenses: "*Gente de Paz! Vivan Apostolicos!*" y "*Ave Maria purissima! Sin pecade concebida—*"<sup>53</sup> Sabe de la lucha entre federales y unitarios; de ahí: "*Vivan los Federados! abajo los Unidos!*"<sup>54</sup> La primera de las tres partes que forman la historia de "Aniella" se llama "Die Mission von San-Dolores".<sup>55</sup>

De todos modos, es indudable el parecido entre la asamblea de Praga y la de Salónica. Goedsche hace acudir a su

<sup>52</sup> Indicaré tomo y página de las *Werke* (v. *supra*, n. 45).

<sup>53</sup> "Una novillada", en *Biarritz*, t. 4 (*Werke*, t. 22), p. 470; "Giuseppe Garibaldi", en *Villafranca*, t. 1 (*Werke*, t. 4), parte I, p. 29, y "Aniella", parte II del mismo t. 1 de *Villafranca*, p. 427.

<sup>54</sup> "Giuseppe Garibaldi", p. 71. También "¡Vivan los Unidos!" en pp. 54, 98 y 102...

<sup>55</sup> En *Villafranca*, t. 1, pp. 332-334.

cementerio los representantes de diez ciudades y, además, el de los "desterrados y desdichados".<sup>56</sup> Así había reunido Quevedo en Salónica diez delegados: los de Venecia, Ragusa, Constantinopla, Roma, Liorna, Ruán, Orán, Praga, Viena y Amsterdam, y a ellos había añadido —como convenía en un libelo contra el Conde-Duque— un diputado más "por los hebreos disimulados y que negociaban de rebozo con traje y lengua de cristianos".<sup>57</sup> Nótese que cuatro de las diez ciudades se incluían ya en la lista de Quevedo: Constantinopla, Roma, Praga y Amsterdam. Por lo demás, para los tiempos de Goedsche es ya extraña la ausencia de toda ciudad americana. Y lo es particularmente en él —como si el escritor moderno se sintiese aprisionado en los límites estrictos de "La Isla de los Monopantos"—, porque no falta en alguna otra narración suya cierta apasionada referencia a la guerra civil de los Estados Unidos ("hoy, más bien, Desunidos").<sup>58</sup>

Es triste tener que enlazar la obra de Quevedo con semejante infra-literatura; pero, una vez más, el enlace mismo tiene su "lógica". Y sirve una vez más para poner de resalto lo que en el original hay de inimitable. No sólo la *Política de Dios* y la *Hora de todos*, sino la vasta zona de Quevedo, verso y prosa, en que se tocan estos y parecidos temas, prodigan las denuncias, las insinuaciones, las predicaciones donde se combinan abigarradamente el lugar común y el ralámpago de exaltación y fuerza expresiva. Oratoria inquieta de un maestro del sarcasmo que sacude continuamente los hábitos sintácticos del lector; que salta de lo grandioso a lo mínimo, de lo trivial a lo atroz; que aplasta con la fuerza bruta de sus imágenes o de su vocabulario; que se ejercita en la gran parrafada pero también en la comprensión lacónica, o latina, y sabe labrar en ella elegancias ya anunciadoras de las de Gracián. Pues el político Gracián, como antes el político Quevedo, han tenido mucho que aprender del

<sup>56</sup> "Auf dem Judenkirchhof...", p. 153.

<sup>57</sup> *Prosa*, p. 266b.

<sup>58</sup> "Lieben und Sterben", en el t. 4 de *Um die Weltherrschaft!* (*Werke*, t. 19), p. 209. Es una guerra que los estados del norte han desatado, para destruir a los del sur, ocultándose tras la máscara del humanitarismo y de la emancipación de los esclavos.

italiano Virgilio Malvezzi, tan amigo de España. Los males de los príncipes —escribía el Marqués en el comienzo de su *Rómulo*—<sup>59</sup> se curan “con las quintaesencias, no con los cocimientos”. Quien no sabe concentrar en breve espacio sus enseñanzas es ladrón que roba al lector tiempo, paciencia y dinero. El lector mismo pasa entonces a ser “mejor atleta que académico”, puesto que, en el manejo del pasado volumen, no ejercita menos sus brazos que su mente (*ibid.*).

Desconcertante, en tan proteico y gigantesco personalismo como el de Quevedo, su apuntar y disparar en todas direcciones, la variedad de sus aparentes propósitos y actitudes: por un lado su teatralismo moralista, por otro sus humildades y sinuosidades palaciegas, por otro, en fin, su concentración rápida y fulminante en el ataque a los enemigos, ya existentes, ya supuestos. Es natural que semejante espectáculo suscite en los distintos lectores tan variadas imágenes de Quevedo, de su sinceridad o de su histrionismo, de su pasión por lo que dice o por cómo lo dice. Ante aquellos pasajes de predicación político-moral que ensalzan la libertad y vapulean al tirano, puede más de un lector moderno (concediendo que, en el conjunto de la obra de Quevedo, sus tratados y libelos políticos no son particularmente valiosos) perdonarles el desorden, el plan y textura desiguales, las declamaciones librescas, la hoy herrumbrosa concepción absolutista de la monarquía, porque sabemos —ha dicho Emilio Carilla—<sup>60</sup> que hubo identidad entre el pensar y el hacer de su autor. Por el contrario, y aun refiriéndose más en general a la conducta literaria de Quevedo, puede un Ramón Gómez de la Serna, mientras lee al genial escritor, percibir de algún modo que él mismo, el propio don Francisco, “no cree en la letra de lo que va escribiendo”.<sup>61</sup> ¿La letra? Quizá no sea ése el término más preciso. La letra, el placer de trazarla, de verla

<sup>59</sup> Cito por la traducción de Quevedo, en *Obras en prosa*, ed. Astrana, Madrid, 1941, p. 1399b (“Al que leyere”). Corrija la errata (“conocimientos”, por “cocimientos”) de *Prosa*, p. 1513a. Más obran, pues, quintaesencias que cocimientos: una manifestación, entre tantas, del estrecho parentesco de Malvezzi y Gracián.

<sup>60</sup> *Quevedo (Entre dos centenarios)*, Tucumán, 1949, p. 153.

<sup>61</sup> *Quevedo*, Buenos Aires, 1953, p. 13.

impresa y difundida, la pasión de hacer "oír" su estruendosa voz escrita, esas fuerzas sí parecen decisivas en Quevedo escritor. Es lo que de manera ya tan acabada percibió Borges desde su lejano artículo de la *Revista de Occidente* (1924) y de *Inquisiciones* (1925), y lo que él mismo ha procurado ampliar y ejemplificar en inquisiciones sucesivas.<sup>62</sup>

RAIMUNDO LIDA

Harvard University

<sup>62</sup> Así en *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, 1926, p. 140, y en *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, 1960, pp. 47-54.

